

devoción, piedad y reverencia: estas son las virtudes, los sentimientos con que debemos estar en la presencia de Jesús sacramentado, y con los que debemos adornar nuestras almas al recibirle en la sagrada comunión, y de esta manera la vida de Jesús será nuestra vida.



CAPÍTULO IX

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

I

HABLANDO el Concilio Tridentino del santo sacrificio de la misa, se expresa en estos términos: En el Antiguo Testamento no había consumación á causa de la debilidad del sacerdocio de Leví, y por esto fue conveniente, disponiéndolo así Dios, padre de misericordia, que naciese otro Sacerdote según el orden de Melquisedec, esto es, Nuestro Señor Jesucristo, quien pudiese completar y llevar á la perfección á todos los que habían de ser santificados. Por esto, nuestro mismo Dios y Señor, aunque había de ofrecerse á sí mismo á Dios Padre una vez por medio de la muerte en el ara de la cruz, para obrar en ella la redención eterna; con todo eso, como su sacerdocio no había de acabarse con su muerte,

la última cena de la noche en que era entregado quiso dejarle á su amada Esposa, la Iglesia, un sacrificio visible según lo requiere la condición de los hombres, y en el que se representase el sacrificio cruento que por una vez se había de hacer en la cruz, y permaneciese su ceremonia hasta el fin del mundo, y se aplicase su virtud saludable á la remisión de los pecados que cada día cometemos; al mismo tiempo que se declaró sacerdote según el orden de Melquisedec, constituido para toda la eternidad, ofreció á Dios Padre su cuerpo y sangre bajo las especies de pan y vino, y lo dió á sus apóstoles, á quienes entonces constituyó sacerdotes del Nuevo Testamento, para que le recibiesen bajo los signos de aquellas mismas cosas; mandándoles, lo mismo que á sus sucesores en el sacerdocio, que lo ofreciesen por estas palabras, Haced esto en memoria mía, como siempre lo ha entendido y enseñado la Iglesia católica. Porque habiendo celebrado la antigua Pascua, que la muchedumbre de los hijos de Israel sacrificaba en memoria de su salida de Egipto, se sacrificó á sí mismo, nueva Pascua, para ser sacrificado bajo signos visibles á nombre de la Iglesia, por ministerio de los sacerdotes, en memoria de su tránsito de este mundo á su Padre, cuando derramando su sangre nos redimió, nos sacó del poder de las tinieblas y nos trasladó á su reino. Esta es aquella oblación pura, que no puede mancharse por indignos y malos que sean los que la ofrecen; la mis-

ma que predijo Dios por Malaquías, que se había de ofrecer limpia en todo lugar á su nombre; que había de ser grande entre todas las gentes, y la misma que significa sin obscuridad el Apóstol San Pablo, cuando dice á los corintios: No pueden ser participantes de la mesa del Señor, los que están manchados con la participación de la mesa de los demonios; entendiéndose en una y otra parte por la mesa del altar. Esta es, finalmente, aquella que se figuraba en varias semejanzas de los sacrificios en los tiempos de la ley natural y de la escrita, pues incluye todos los bienes que aquéllos significaban, como consumación y perfección de todos ellos (1).

La perfección y la grandeza del santo sacrificio de la misa, no puede realmente comprenderlas la humana inteligencia. Ese sacrificio es la obra de la omnipotencia del Eterno, de su sabiduría infinita y de su amor adorable y soberano. Ese sacrificio ofrece á Dios un culto de suprema adoración por el cual se reconoce su dominio soberano sobre todas las criaturas. En todo lugar, decía el mismo Dios por medio de un profeta, se ofrece á mi nombre una oblación pura (2).

El sacrificio de la misa es, además, eucarístico, ó sea de acción de gracias, que damos á

(1) Sess. XXII, cap. 2.

(2) Malach. I, 11.

Dios Nuestro Señor por los beneficios que hemos recibido de su Majestad.—Es, asimismo, propiciatorio é impetratorio, porque la sangre de Jesucristo fue derramada para la remisión de los pecados; y de ese sacrificio, cual de fuente que nunca se agota, se derrama por el mundo la abundancia de las divinas gracias; y todo esto se realiza y se obtiene por Nuestro Señor Jesucristo, mediador supremo entre Dios y los hombres. En efecto, en el sacrificio que se hace en la misa, se contiene y sacrifica incruentamente al mismo Cristo, que se ofreció por una vez en el ara de la cruz, y por esto, con toda verdad, es propiciatorio; y si nos acercamos al Señor contritos y penitentes, con sincero corazón y recta fe, con temor y reverencia, conseguiremos misericordia y hallaremos gracia en sus divinos auxilios. Aplacado el Señor con esta oblación, y concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los pecados por grandes que sean, porque la hostia es una misma, uno mismo el que ahora ofrece por el ministerio de sus sacerdotes, que el que entonces se ofreció á sí mismo en la cruz, con sólo la diferencia del modo de ofrecerse. Los frutos de aquella oblación cruenta se logran abundantísimamente por medio ésta, que es incruenta: tan lejos así está de derogar ésta en modo alguno á la primera. De aquí es, que no sólo se ofrece rectamente por los pecados, penas, satisfacciones y por las otras necesidades de los fieles que viven, sino también por los que han

muerto en Cristo sin estar plenamente purificados (1).

Si tanta es la grandeza, y así es tan elevada la perfección del sacrificio de la misa, también se ostenta en ese sacrificio con todos sus encantos, magnífico y glorioso, el amor de Jesús hacia nosotros. Desde la noche de la última cena, ese amor ha derramado sus preciosas ondas de salud y vida, cual río caudalósimo que riega todo el mundo. Hablaba Isaías de un manantial cuyas aguas jamás llegarían á faltar (2); así también las del amor divino nunca se agotan; porque la sangre de Jesús, que lava los pecados del mundo, corre diariamente en el sacrificio del altar.

Nuestro Señor Jesucristo, con un solo acto, pudo satisfacer por nuestros pecados; sin embargo, por causa del amor que nos tiene, quiso multiplicar los actos de satisfacción hasta que murió en la cruz; así también, aunque por la oblación de su sacrificio en el calvario, ó por una sola misa podía alcanzarnos todos los bienes, quiso, sin embargo, que el fruto de su sacrificio se nos aplicase con cierta medida, no solamente según la virtud de ese mismo sacrificio, sino teniendo en cuenta las acciones y disposiciones de los que lo ofrecían, á fin de que, repetido una y otra vez el sacrificio de la misa, recordásemos con más frecuencia los

(1) Sess. XXII, cap. 2.

(2) LVIII, 11.

misterios de su pasión y muerte, y nos hiciésemos más dignos de recibir los frutos del mismo sacrificio (1).

Así es como el amor de Jesucristo trata de cautivar nuestros afectos. Jamás interrumpido y siempre generoso, nos está mostrando cuánta es la obligación en que nos pone de ser enteramente suyos, ya que sin cesar nos colma de gracias y favores. ¡Oh ceguedad la nuestra; oh dureza inconcebible si no nos rendimos á su imperio! Seamos de Jesús; no del mundo ni de las pasiones, pues en Jesús, y solamente en Él, está nuestra vida.

II

Si hubiésemos asistido á la crucifixión y muerte de Jesucristo Nuestro Señor creyendo en su divinidad y sabiendo la causa de su muerte, á la vista de aquel doloroso espectáculo, á la vista de aquel doloroso espectáculo, penetrados de asombro, no hubieran cabido en nuestras almas la compasión y la ternura, el dolor de nuestros pecados, la humildad, y sobre todo lo demás, el amor á la víctima adorable que padecía por nosotros. No habríamos podido explicarnos cómo un Dios de majestad infinita se humillaba á tal extremo y amaba tanto á sus criaturas. Nuestros labios se hubieran llenado de alabanzas para glorificar y bendecir al

(1) Pulg, *Institutiones Theologicae*.

Dios que así se veía tan humillado. Recordando después que por causa de nuestros pecados el Hijo de Dios agonizaba entre indecibles tormentos, nuestro corazón se hubiera llenado de amargura, y las lágrimas de la más sincera penitencia, del arrepentimiento y del dolor, hubieran corrido sin cesar de nuestros ojos. Hubiéramos visto al inocente, al que nunca conoció el pecado, sufriendo el castigo de todas nuestras culpas, y la compasión y la ternura nos habrían hecho exclamar: ¡Oh buen Jesús, Cordero de Dios, quién pudiera morir de dolor por los pecados que hemos cometido! Ellos os han clavado en ese madero; os tienen sumergido en un océano de penas y amarguras. ¡Ay de nosotros! ¿Por qué no morimos por el que así muere por nuestros delitos? Iríamos registrando una por una sus sangrientas llagas, y abrazaríamos los pies de nuestro Amado, lloraríamos con indecible pena, desahogando sin medida nuestro corazón. ¡Qué elocuente, qué ardoroso y cuán tierno hubiera sido entonces nuestro amor! ¿Quién nos hubiera arrancado de su cruz? Clavados en ella con el Hijo de Dios, no hubiéramos pensado sino en Él ni amado sino al que así moría por nosotros.

No presenciarnos las terribles escenas del Calvario, pero sí asistimos con mucha frecuencia al sacrificio de nuestros altares, y este es el mismo que se ofreció en la cruz, con la sola diferencia del modo de ofrecerse; siendo esto así, ¿por qué no experimentamos aquellos sen-

timientos de que hemos hablado? ¿Por qué al oír la santa misa nuestro corazón no se conmueve hasta las lágrimas, ó por qué también no nos asombra el exceso del amor de Jesucristo al pensar que diariamente se ofrece al Padre por nuestra salud? Mas no es esto lo único que pudiera decirse sobre el particular, ya que tantas veces asistimos á la santa misa con tan poco recogimiento y devoción, ó con una frialdad tan notable que da lugar á que pueda preguntársenos: ¿en dónde estais, en qué se ocupa vuestra mente; creéis en los grandes misterios que tienen lugar en estos momentos, en que se ofrece al Eterno el sacrificio de su Hijo? Estamos en el templo, contestaríamos, pensamos en Dios y creemos que Jesucristo, por ministerio de sus sacerdotes, es inmolado sobre el altar y se ofrece á sí mismo por la salud de los hombres. Esto, en verdad, contestaríamos; más dable nos sería explicar la indiferencia y la frialdad de nuestro corazón, sin tener en cuenta que nuestra fe era muy débil é imperfecta. He aquí el verdadero origen de aquella indiferencia, lo que ha podido sostener nuestra frialdad; y esta es, asimismo, la razón del escaso fruto que recogemos de la santa misa. Si es tan débil nuestra fe, ¿podrá la esperanza derramar en nuestras almas la abundancia y la dulzura de sus consuelos, ó llegará la caridad á encender en ellas sus ardientes llamas? Descubierta el origen de los males de que acabamos de hablar, es indispensable que procuremos aplicarles

oportuno remedio, y éste es avivar más y más cuanto sea de nuestra parte la fe á que nos referimos. Se ofrece el Dios de la majestad y la grandeza, debemos decirnos cuando asistimos al sacrificio de la santa misa, el Unigénito del Padre, que descendió desde el cielo al seno de María; Él es quien está en manos del sacerdote. Vendrán en seguida, uno en pos de otro, los recuerdos de Jesús á nuestras almas, derramando en ellas sus más dulces consuelos. Al verle sobre el altar nos acordaremos del establo de Belén, y Jesús, pobre y humilde por su amor á los hombres, nos hará bendecirle y adorarle; sus gracias infantiles, la luz de sus miradas y la dulce sonrisa de sus labios nos llenarán de confianza y tendremos que mandarle un suspiro de amor. ¡Cómo no estrecharle en nuestros brazos y decirle mil caricias al Niño que así se nos muestra tan hermoso y tan lleno de bondad y de ternura!

Recordaremos en seguida su vida oculta en Nazaret, y la obediencia, y la humildad, y la oración, y tantas otras virtudes de que nos dió brillantísimos ejemplos. Le seguiremos después en su vida pública, y sus inmensos trabajos y su celo infatigable por la gloria divina y por nuestra salvación nos irán descubriendo la grandeza de su amor. Traeremos también á la memoria todos los misterios de su pasión y muerte. ¡Cuánto fue lo que quiso sufrir por nosotros! La compasión y la ternura llenarán nuestras almas al pensar en las tristes agonías que

nuestro amado Señor tuvo que sufrir en el Getsemaní. Un instante después le veremos atado á la columna y recibiendo cruellísimos azotes, que desgarran sus espaldas, y veremos también que su sangre preciosa corre hasta el suelo. Esos azotes fueron nuestros pecados, tendremos que decirnos; aquellos le hicieron sufrir terriblemente, y las lágrimas vendrán á nuestros ojos, y lloraremos de dolor por haberle ofendido. ¿Con qué ojos podremos contemplar su coronación de espinas y las sangrientas burlas que quiso sufrir por nosotros? Iremos con Él por el camino del Calvario: ¡qué angustias, qué penas tan terribles tuvo que sufrir nuestro amado Jesús en esa jornada de amargura y de dolor!

Al recordar la crucifixión de Jesucristo nos parecerá que oímos los sordos y fatídicos golpes del martillo, y que vemos los torrentes de sangre divina que corren de los pies y de las manos de la santa Víctima. Le veremos en seguida levantado entre el cielo y la tierra... ¿Dejará de cumplirse en nosotros su palabra divina, de atraer todas las cosas á sí mismo al ser levantado en la cruz? Nuestros pecados le han causado indecibles tormentos, y el amor que nos tiene le ha obligado á morir sobre la cruz. Al pensar en esto y al ver que ha querido renovar, si bien de una manera incruenta, en el sacrificio de la misa el que ofreció en el Calvario, nuestros corazones se llenan de dolor, y tenemos que exclamar: ¡Oh buen Jesús, cuánto os

hicieron sufrir nuestros pecados!; y los lloraremos con el pesar más vivo. Con ellos ofendimos á la Majestad infinita del Eterno, y despreciamos la bondad y la ternura de un Padre amorosísimo. Nos colmó de innumerables gracias y favores, y su clemencia y generosidad para con nosotros fueron indecibles; y nosotros lo hemos ofendido, y la gravedad de nuestras culpas es inmensa, y nuestra ingratitud para con Él nos cubre de ignominia. ¡Oh buen Jesús, quién nunca os hubiera ofendido!

El sacrificio de la santa misa nos está mostrando que el amor que nos tiene Jesús excede todo entendimiento; en ella ofrece sus méritos divinos por nosotros, y ruega al Padre que perdone nuestras culpas, y le presenta cuanto hizo por salvarnos: los azotes que recibió atado á la columna, las espinas que coronaron su divina frente; sus manos y sus pies, que fueron traspasados con los clavos, y su Corazón dulcísimo abierto con la herida de la lanza... ¡Cómo no amarle con todo nuestro afecto; cómo no sentir abrasado nuestro corazón en las llamas de la más ardiente caridad para con Jesús! Y olvidando nuestra propia miseria, nos arrojaremos á sus divinos pies para llorar nuestros pecados, para morir de amor si así nos fuese concedido; y al ver la grandeza de su ardiente caridad, pondremos en nuestro dulcísimo Señor nuestra esperanza. Él será para nosotros reconciliación y vida y todo nuestro bien; Él será todo nuestro amor.

Asistamos, pues, al sacrificio de la santa misa con una fe muy viva, y ésta sabrá despertar los más nobles y delicados sentimientos: la humildad, la esperanza, el amor, la compasión y la ternura, y la más afectuosa devoción, y sacaremos del santo sacrificio copiosísimos frutos de virtud y gracia, y entonces muy lejos estarán de nuestras almas la indiferencia y el fastidio, la falta de atención y de respeto, que tantas veces tenemos que lamentar en nuestros templos. Acerca de la reverencia que nos pide el tremendo misterio de nuestros altares, dícenos la Iglesia lo que sigue: Fácilmente podrá comprenderse cuánto sea el cuidado que debe ponerse en el sacrosanto sacrificio de la misa, á fin de celebrarlo con todo el culto y la veneración que se pueda, si se considera que la Sagrada Escritura llama maldito al que ejecuta con negligencia la obra de Dios; y si necesariamente confesamos que ninguna otra obra puede ejercitarse por los fieles cristianos tan santa ni divina como este tremendo misterio, en el que todos los días se ofrece á Dios en sacrificio por los sacerdotes en el altar aquella hostia vivificante, por la que fuimos reconciliados con Dios Padre, déjase ver con toda claridad que debe ponerse todo cuidado y diligencia en ejecutarla con toda la inocencia y pureza interior de corazón y con las exteriores manifestaciones de devoción y de piedad que se pueda (1).

(1) Trid. Sess. XXII, *De observandis et evit. in celebr. Misae.*



CAPÍTULO X

LA SAGRADA COMUNIÓN

I

LA Comunión, la Comunión... ¡Qué maravilla es esta que siempre nos oculta sus misterios aunque pensemos en ella con frecuencia y la recibamos diariamente! ¡Qué encantos y delicias son los suyos, que nunca se pueden agotar!

Sus misterios. Comulgamos recibiendo en nosotros el cuerpo y la sangre del Señor: esta es la Comunión; mas ¿dónde está el misterio? Jesucristo, al hablar de la divina Eucaristía, se expresó en estos términos: Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas este es el pan que descende del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera... Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo... Quien